

Los movimientos militares en Hispanoamérica

Una entrevista con Manuel Ugarte

= Envío del autor =

Las revoluciones—hay que llamarlas de alguna manera, aunque el vocablo no corresponda a los fenómenos—que en el transcurso de los últimos meses se han consumado en algunos países de la América del Sur, han atraído la atención mundial; y, con mayor razón, la de los hispanoamericanos que tenemos una obligación moral de interesarnos por esos acontecimientos y de pronunciar nuestro juicio recto y franco, después de contemplarlos de cerca o de lejos, y de examinar los principios que los han informado y los factores que los han producido.

Es un teoría torpe y suicida aquella que afirma que los asuntos de política interna de un país son privativos y de la exclusiva competencia de los ciudadanos del respectivo país. Esto es lo que oponen todas las tiranías a la crítica y a la protesta universales contra todas sus enormidades. La causa de la Justicia, de la Libertad y del Derecho, una trina como la divinidad teológica, afecta a todos los hombres del planeta, en virtud de aquel sublime principio que ha hecho posible, no ya la civilización, sino el simple hecho de la supervivencia de la especie racional, y que se llama solidaridad humana.

Sin embargo, en política se olvida muchas veces el imperativo de la solidaridad humana, y son posibles cosas tan monstruosas como el Fascismo, tremendo caso de nacionalismo agresivo y primitivo, regresión espiritual a las cavernas, a pesar de treinta siglos de cultura itálica. ¡Y en la América nuestra se da el caso pavoroso del Bisoñe Venezolano asesinando sistemáticamente, todos los días, al mismo pueblo que pudo producir un Bolívar!

Ninguna de estas dos aberraciones políticas, y ni la dictadura grotesca de Primo de Rivera, ni las satrapías de Leguía, Hernando Siles, Calles, Machado, Wáshington Luiz hubieran sido posibles si los otros países no degradados hubieran roto relaciones y formado una liga ofensiva y defensiva, aunque pacífica, contra los regímenes nefandos. Pero cada Estado no ve ni oye sino dentro de sus fronteras, sin importarle una higa la vida universal. Por esto la reacción triunfa, y como dice Berdiaëff, una nueva Edad Media se avecina.

Las únicas naciones que tienen derecho a la admiración del mundo son las que, como España, se han movido por ideas universales. La nación madre de América agotó su vida en los albores de la Edad Moderna, luchando en todo el mundo por un ideal, equivocado o no; pero por un ideal: llevar la fe de Cristo a las más apartadas regiones del planeta. Su gran sueño místico la llevó a descubrir, civilizar y cristianizar el Nuevo Mundo; a circunavegar por todos



Manuel Ugarte

los mares; a explorar misteriosas regiones en Africa, Asia y Oceanía. En Europa, abatió el poder del turco en Lepanto, y fué la gonfalonera de la contra-reforma.

De los escritores también puede afirmarse que el que no mantiene al través de su obra ideales de universalidad, carece de interés y no merece la admiración de sus contemporáneos ni de la posteridad.

Y de todos los escritores de América, uno de los que alienta con más fuerte soplo ideales, ya no sólo continentales, sino ampliamente humanos, es el autor de *La Patria Grande*.

Por esto tenía para nosotros un enorme interés conocer la opinión de Manuel Ugarte, sobre los acontecimientos que están desarrollándose en Iberoamérica. Y deseando una impresión directa, personal, que no se obtiene sino por la conversación, en vez de estarnos andando con cartitas, tomamos el tren y nos dirigimos a Niza, a celebrar con Ugarte una entrevista.

Ya *vis a vis* con Ugarte, nuestra conversación política se deslizó serenamente, por esos cauces:

—¿Cree Ud. que tienen contenido ideológico, que marcan algún avance para terminar con el terrible sistema feudal que domina en nuestra América, los cambios de Gobierno que, de manera

violenta, se han realizado en Bolivia, Perú, Argentina y Brasil?

—Había,—hay—en toda nuestra América una ansia de renovación, un deseo violento de superiorizar nuestra vida, libertándola de la doble presión que sobre ella ejercen, desde el punto de vista interior, las oligarquías locales, y desde el punto de vista exterior, los imperialismos devoradores. Esta aspiración, revolucionaria es el más alto sentido social, y nacionalista en la acepción más noble, creó la atmósfera propicia para derrocar a los gobiernos existentes. Pero en el camino se atravesaron elementos discordantes y las revoluciones no han correspondido al apoyo popular y juvenil que tuvieron al principio. Así nos encontramos ahora en presencia de gobiernos marciales que no dan satisfacción al sentimiento que los hizo nacer. En el orden internacional se afanan por calmar las inquietudes de los Estados Unidos; en el orden de la política interna, no salen de los viejos expedientes y de la rutina que tanto daño nos hizo. Se puede decir, en síntesis, que estos cambios de hombres sólo se van traduciendo en un esfuerzo para apuntalar el edificio que se desmorona. Hasta se podrá pensar que sólo significan una contrarrevolución que se adelanta, la revolución que viene, a pesar de todo. Necesitamos hombres nuevos y métodos nuevos. To-

do lo que se haga para impedir o retardar el advenimiento será inútil. Y la juventud acabará por triunfar.

En Bolivia, en el Perú, en la Argentina los nuevos gobiernos de facto se han manifestado hostiles a las ideas renovadoras y hasta han tomado medidas contra algunos hombres jóvenes representativos como Hinojosa y Navarro en la primera de estas repúblicas; y Haya de la Torre, en la segunda. También en la Argentina ha renunciado Alfredo L. Palacios su alto puesto en la Universidad, en signo de protesta contra las fórmulas arbitrarias. ¿Como juzgar estas tendencias que parecen acentuar más bien los errores de los personalismos derrocados?

Hay que ver en ello una confirmación del carácter retrógrado que han llegado a tomar estos movimientos, y hay que ver en ello también un signo claro de que no pueden durar. De hoy más, ningún gobierno podrá consolidarse en la América Latina si no tiene raíces en el pueblo y en la juventud. Nos hallamos en el prólogo de una gran transformación global que cambiará las perspectivas. Lo que asombra, es la ceguera de los que están dentro del movimiento y no lo ven.

El programa con que inició Hinojosa la revolución boliviana no tenía nada que se pueda objetar. Hasta demasiado